

El impacto psicosocial de los terremotos: una aproximación empírica

María Santacruz Giralt¹

José Miguel Cruz²

Resumen

Los autores exploran el impacto psicológico que tuvieron los terremotos en la población salvadoreña a partir de un análisis cuantitativa de una encuesta cursada por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA. El análisis gira alrededor de una escala de afectación psicosocial que muestra los niveles de conmoción psicológica que dejaron los terremotos en toda la población salvadoreña. Los resultados muestran que las personas más desaventajadas socialmente, las personas más expuestas a las noticias del desastre, los que perdieron sus espacios vitales y quienes no contaron con el apoyo comunitario, son los que presentan mayores niveles de conmoción psicosocial por la tragedia.

Introducción

Hace poco menos de tres años, la región centroamericana se enfrentó a uno de los peores huracanes en su historia. El huracán Mitch prácticamente devastó grandes sectores de población, generando cuantiosas pérdidas materiales y huma-

nas³. Esta catástrofe no sólo puso al descubierto el estado de vulnerabilidad en el que sobreviven grandes mayorías de población en términos de escasez de recursos económicos, psicosociales e incluso comunitarios de los que pudieran echar mano para enfrentar el desastre, sino también la ineficacia y poca preparación institucional por parte de las au-

1. Analista del IUDOP.

2. Director del IUDOP.

3. Para una visión más amplia de los efectos a nivel psicosocial del desastre, ver Gaborit (1999), así como a García Izquierdo (1999) para un análisis desde la perspectiva económica.

toridades en materia de políticas de prevención y atención a la población afectada.

Tiempo después —cuando se suponía que los costos económicos, políticos y sobre todo humanos que el huracán Mitch dejara hubieran contribuido como una lección aprendida al diseño, elaboración e implementación de políticas de prevención e intervención inmediata—, se sobrevienen dos fuertes terremotos —el 13 de enero y 13 de febrero de este año— que en el lapso de un mes vuelven a cuestionar las respuestas institucional y gubernamental en la atención de la población, de la poca información y preparación en materia de intervención en desastres, y, sobre todo, del estado de fragilidad y vulnerabilidad psicosocial en la que se encuentra la mayoría de la población. En una palabra, los desastres naturales siguen embistiendo a los salvadoreños sin que las experiencias de tragedias previas se hayan traducido en puntos de partida para la preparación, elaboración e institucionalización de políticas de enfrentamiento para dar respuestas efectivas frente a este tipo de fenómenos. Sobre todo si se toma en cuenta que el país forma parte de una región de alta vulnerabilidad y que la población salvadoreña, por las características de marginación, pobreza y desigualdad en las que sobrevive una gran mayoría, se encuentra en especial estado de fragilidad y susceptible a que un fenómeno natural tenga repercusiones mucho más nefastas de las que tendría si aquella contara con mayores recursos para hacerle frente.

Entre las distintas formas en que este tipo de tragedias se materializan en la población se encuentran las diferentes afecciones de tipo psicológico que, sin llegar a constituirse necesariamente en algún tipo de trastorno o patología, dan cuenta de la forma en que este tipo de tragedias —junto con el cúmulo de variables sociales, económicas, culturales y políticas que la acompañan y que tienen el potencial de agravar sus efectos— tienen una repercusión directa a nivel psíquico y relacional de los salvadoreños. Ya varios observadores adelantaban cómo los trastornos de carácter aparentemente psicológico dominaban los motivos de consulta señalados por las personas, sobre todo por aquellas procedentes de las regiones más devastadas del país. Y cómo esta sintomatología de la que las personas se quejaban —si bien podía haber estado presente desde antes de los terremotos— no sólo tiene la posibilidad de haberse incrementado, sino también demuestra como el de-

sastre natural sólo sirvió para agravar reacciones producidas por el constante desastre social en el que viven grandes mayorías desfavorecidas.

De cara a la necesidad de conocer la forma en que los terremotos afectaron a la población salvadoreña a nivel no sólo económico o político, sino también humano y personal, además de conocer su opinión respecto sobre algunos aspectos de la tragedia, el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA realizó una investigación hacia principios del mes de abril del año en curso, utilizando una metodología de tipo cuantitativo a través de la cual se indagó —entre otros aspectos— la presencia de una serie de elementos y afecciones que puedan dar cuenta del impacto a nivel psíquico o personal que los terremotos —y las condiciones en las que se tuvo que vivir a partir de ellos— dejaron en la población. Una primera parte de este artículo está encaminada a ofrecer un breve encuadre teórico, en el cual se destacan las características de este tipo de eventos, el impacto que pueden producir en los individuos y la importancia que frente a esto tiene el apoyo social recibido, pero sobre todo percibido por las personas. El segundo apartado expone la metodología utilizada para la elaboración de la investigación. La tercera parte destaca los resultados obtenidos, resaltando en una apretada síntesis aquellos que muestran con mayor claridad el impacto que a diferentes niveles han tenido los terremotos en la población, así como también se explica el tipo de variables que, a partir de la creación de un modelo predictor de impacto psíquico, demostraron influir en forma decisiva en la presencia de sintomatología de tipo psicológico en la población. Finalmente, en la cuarta sección se exponen unas breves reflexiones y conclusiones en torno a los resultados presentados.

1. Aspectos teóricos

1.1. Impacto psicosocial de los desastres

1.1.1. Características de los desastres: ¿inevitabilidad o imprevisión?

Entre las múltiples características que tienen los desastres naturales, Gaborit (1999) —en su ensayo acerca de los efectos psicosociales del huracán Mitch— resalta cuatro de particular importancia: lo repentino, lo inusual e impredecible, lo devastador y la falta del control del evento. En cuanto al primer elemento, el autor indica que un suce-

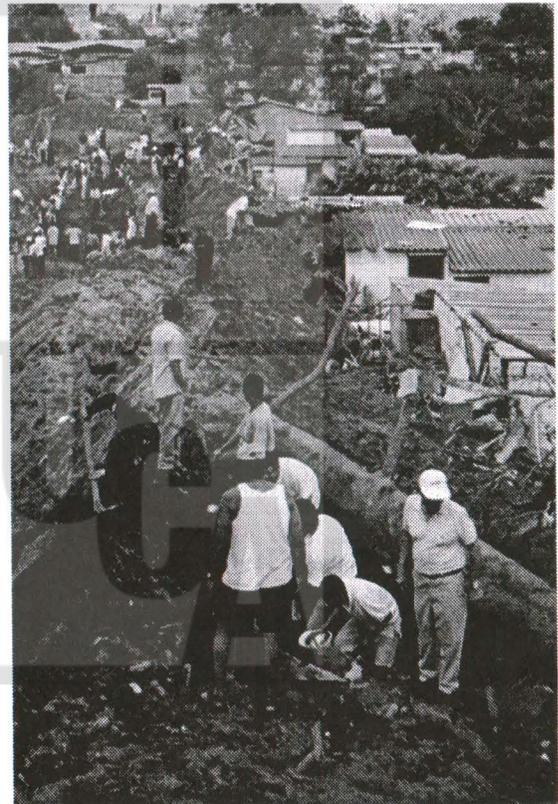
so natural —precisamente por su carácter inesperado— deja muy poco margen para la preparación y previsión. Sin embargo, puntualiza que la poca capacidad de articular esfuerzos para enfrentar la situación, así como la ineficiencia de parte de las autoridades civiles para informar a la población de las medidas a tomar se constituyen en variables que tienen la potencialidad de incrementar las consecuencias de un desastre repentino. Por otro lado, *lo inusual e impredecible* de este tipo de eventos hace poco útil la experiencia de situaciones de emergencia anterior para enfrentar la situación actual. No obstante, frente a la poca capacidad de predecir el momento en que ocurrirá una tragedia de este tipo, la preparación, la prevención y mitigación de riesgo se vuelven prioritarios. Por su parte, lo *devastador* de este tipo de eventos no sólo aumenta la situación de precariedad en la que viven las personas y arrasa con los recursos sociales, psicológicos y sociales con los que cuentan, sino que afecta directamente la capacidad de los afectados de sobrellevar y darle sentido a una tragedia de tal magnitud. Finalmente, el *poco control* que se puede ejercer sobre este tipo de eventos es una variable de suma importancia, pues según el autor, la incapacidad de poder lidiar con la situación incrementa las probabilidades de que la situación genere efectos adversos en las personas, en tanto que se trata de una circunstancia en la que incluso la supervivencia depende del escaso control y de las estrategias caminadas a afrontar la situación.

La literatura referida a las características de un desastre natural —sobre todo aquellos enfoques más tradicionales— hace alusión al carácter de inevitabilidad y hasta cierto punto imprevisibilidad de los mismos, como punto de partida para dimensionar los límites que la ayuda puede tener en esos casos o incluso para calcular los efectos que éstos pueden dejar en las poblaciones. Sin embargo, si bien es cierto en el caso de los terremotos es menos probable predecir el momento en el que han de suceder, la magnitud que tendrán o incluso el lugar o regiones que han de verse más afectadas, precisamente por su calidad de rápido inicio⁴ (Stuart Olson, 2000); tampoco se puede argumentar que su impacto no puede amortiguarse en la medida en que la población perciba que sus autoridades puedan proveer de algún sentido o explicación de lo sucedido, sugerir alternativas de afrontamiento,

medidas eficaces y urgentes de atención a los afectados y cuenten con una articulada política de desastres. En este sentido, la línea que divide la poca capacidad de predicción con la poca capacidad de previsión y mitigación del desastre comienza a desdibujarse, dando paso al cuestionamiento ciudadano acerca de si este tipo de situación —más que el terremoto en sí, el alcance de las consecuencias nefastas que este cataliza— no pudo haber sido minimizada.

1.1.2. Impacto de los terremotos: emociones y afecciones en la población

Tratar de realizar un listado de las afecciones que puede experimentar una población que ha vivenciado un desastre natural podría resultar inútil si no se parte del hecho de que para calcular el nivel de impacto han de tomarse en cuenta una serie de variables personales y contextuales que median entre el suceso y las expresiones de desajuste de



4. Rapid-onset disasters.

las personas. Es decir, hay que partir del hecho que frente a un mismo evento o estresor, las respuestas pueden ser múltiples y depender de diversos factores. Por ejemplo, hasta la visión más tradicional de la traumatización extrema expresada en el concepto de síndrome de estrés posttraumático⁵ ha trasladado el foco de atención de las características del estresor —el terremoto— a la vivencia subjetiva de la persona que toma parte en dicho suceso, lo cual amplía la gama de eventos que pueden influir en el desarrollo de algún tipo de trastorno o respuesta desajustada. En relación con esto, investigaciones se han centrado en determinar la influencia de factores biológicos (sobre todo hormonales), psicológicos (poniendo el énfasis en procesos de aprendizaje y generalización de respuesta) y sociales (principalmente el tema del apoyo social y organización comunitaria) en las respuestas desajustadas a un evento traumático (Belloch, Sandín y Ramos, 1995). Por otro lado, se conoce que los antecedentes de vivencia de traumas que la persona pueda tener, su vulnerabilidad, así como altos niveles de angustia general y modos disfuncionales de enfrentamiento y atribución inciden de forma importante en el desarrollo de esta problemática. Asimismo, se ha demostrado que la calidad del ambiente de recuperación y las redes de apoyo social con las que puede contar la persona afectan la probabilidad que pueda padecer del trastorno. En otras palabras, la evidencia indica que más que la presencia por sí misma del evento estresante, es la concurrencia de diversos factores lo que posibilita el desarrollo de la condición.

Por su parte, Gaborit (1999) enfatiza que los principales síntomas asociados a la traumatización extrema son la ansiedad, la depresión y la disociación. Asimismo, manifiesta que es común evidenciar situaciones como la reexperimentación o revivencia del evento, la evitación de estímulos

asociados con aquél o un aletargamiento generalizado, excitaciones fisiológicas —hipervigilancia, trastornos en el sueño, irritabilidad— entre otros (p. 355). No obstante, no vincula lineal o causalmente al estresor con este cúmulo de sintomatología, sino más bien sustenta que la robustez del individuo —entendida como la capacidad de la persona de anteponerse y sobre ponerse a las adversidades—, el apoyo social, los estresores previos y las características del evento mismo son variables capaces de mediar entre el evento desencadenante y una reacción de traumatización extrema o síndrome de estrés posttraumático.

Entre las múltiples características que tienen los desastres naturales, Gaborit (1999) resalta cuatro de particular importancia: lo repentino, lo inusual e impredecible, lo devastador y la falta del control del evento.

Por su parte, Martín Beristain (1999) señala que en un contexto de vivencia de desastres o calamidades sociales como la guerra, las situaciones que tienen el potencial de provocar mayor impacto psicológico son: el daño físico, la muerte de la pa-

reja, la participación en atrocidades, haber sido testigo de muertes, entre otros; y que en la medida en que el suceso sea intenso, severo, rápido, no previsible, colectivo, incontrolable o que implique pérdidas personales, en esa medida el impacto que ha de producir es mayor. No obstante, hace la salvedad que este impacto dependerá, a su vez, de la persona, de la intensidad de la situación y de variables de tipo sociocultural (p. 78); es decir, que la presencia de diversa sintomatología no supone necesariamente la existencia o brote de algún tipo de trastorno, precisamente porque muchas de las reacciones o efectos que presentan las poblaciones afectadas no son más que reacciones normales ante un hecho o situación fuera de lo normal. Por otro lado, el impacto de las catástrofes naturales incluye no sólo los efectos propios, sino también nuevas situaciones de marginación, exclusión y desventaja social se desprenden de ellas. De hecho, la pobreza provoca desastres y los desastres exacerbaban la pobreza, existiendo frecuentemente un sentimiento de fatalidad y vulnerabilidad (*ibid.*,

5. Según el DSM-IV (APA, 1994), el trastorno de estrés post-traumático aparece cuando la persona ha sufrido o ha sido testigo de una situación que supone una amenaza para su vida o la de otra persona, y cuando la reacción emocional experimentada implica una respuesta intensa de miedo, horror o indefensión. El estresor puede o no ser una experiencia fuera de lo ordinario, pero sí un suceso que suponga una amenaza para la integridad de la persona que lo percibe o la de los que la rodean.

p. 25). En esta línea, el impacto de catástrofes de este tipo tiende a cristalizarse también en el deterioro del tejido social, traducido en pérdida de redes afectivas a nivel comunitario, pérdida del sentido de comunidad, menoscabo en las organizaciones sociales e incluso en los niveles de confianza interpersonal.

Una reflexión que se deriva de considerar el tipo de impacto en la población está relacionada con la concepción de salud de la que se ha de partir para la definición de los desequilibrios o estados de no salud o "enfermedad" en la población, derivados o incluso empeorados luego de la catástrofe. Evidentemente, el estado de salud y bienestar de una persona no vendrá dado únicamente por la ausencia de una entidad nosológica que tenga la capacidad de minar su equilibrio físico —es decir, por la ausencia de enfermedad—, sino también por todas aquellas condiciones fisiológicas, psicológicas y sociales/contextuales que por su presencia o ausencia de la realidad en que viven las personas, inciden en forma decisiva en su estado de salud. De ahí la necesidad de adoptar un paradigma de la salud-enfermedad que dé cuenta de la integralidad que suponen dichos estados, de su calidad procesual y de las implicaciones profundamente sociales que se encuentran a su base. Es decir, concebirla no sólo como un estado de no enfermedad o incluso de "bienestar", sino como un derecho humano fundamental sujeto a insatisfacción o realización en la medida en que las condiciones fisiológicas, psicológicas y sociales confluyan para posibilitar dicho estado de salud (Selva Sutter, 1999). Este autor postula la salud como un subproceso dentro del proceso de salud/enfermedad, sostiene la necesidad de tomar en cuenta la confluencia e interacción de factores, tanto externos como internos, en la causalidad de la salud o enfermedad y asegura que todas las condiciones que participan en los procesos de salud/enfermedad son demostrables como productos parciales de la actividad humana" (p. 5). En este sentido, el tomar en cuenta en la definición de salud a aquellos factores que van más allá de la fisiología o psicología de la persona supone dirigir la mirada a las condiciones sociales en que viven grandes sectores de población en el país y deducir a partir de ello si es que acaso antes del terremoto las personas gozaban de salud en el sen-



tido más integral del término o, al menos, de favorables condiciones de vida. Supone también reconocer que, frente a catástrofes de este tipo —aunado a la ausencia de recursos y a las condiciones de pobreza y marginalidad en las que se sobrevive— el estado de salud de los salvadoreños se ha deteriorado sensiblemente, lo que no sólo se constituye en un serio problema de salud pública, sino también en una garantía de la forma en que la salud, a nivel general, y la salud mental, en particular de una población puede irse agravando.

1.1.3. Apoyo y tejido social: factores protectivos y mediadores del estrés ante la catástrofe

De cara al impacto que supone una vivencia de este tipo, uno de los elementos que tienen una función importantísima en términos de amortiguar el impacto de este tipo de desastres es el apoyo social, sobre todo para aquellos que han sufrido sus consecuencias en forma más directa. Entre la multiplicidad de autores que proponen una definición de lo que se puede entender por apoyo social se ha retomado la de Lyn y colaboradores (en López Cabanas y Chacón, 1999), quienes lo definen como "aquellas provisiones instrumentales o expresivas, reales o percibidas, dadas por la comunidad, redes sociales y amigos íntimos" (p. 185). Esta definición a su vez se articula en cuatro ejes: una dimensión *objetiva-subjetiva del apoyo social*, que hace hincapié en la importancia que sobre el bienestar de la persona tiene tanto el apoyo social recibido como el percibido. Así, es igualmente importante tanto el hecho de que un grupo de personas damnificadas recibiera algún tipo de ayuda como la percepción que estas personas tenían

acerca de lo que recibían y de la forma —eficiente o ineficiente— con la que se les hacía entrega de dicha ayuda. El segundo eje es el que hace referencia a la *fuerza o contexto del apoyo*, el cual hace referencia a los niveles donde podía darse el apoyo social: a un nivel macro, en donde su presencia posibilita un sentido de pertenencia e integración a una estructura más amplia, por ejemplo, la comunidad, barrio o región de procedencia de la persona; el nivel de redes sociales formado por las relaciones que la persona tiene con su entorno más cercano; y el nivel micro o de las relaciones íntimas, a partir del cual se obtiene el apoyo social informal derivado de un sentimiento de compromiso y del intercambio recíproco y más cercano, por ejemplo entre la familia y amigos. En este sentido, se puede hacer una mejor idea de la forma en que el impacto de los terremotos tenía mayores probabilidades de exacerbarse en la medida en que éstas carecieran de redes sociales en las que apoyarse o que su tejido social se deteriorara o terminara por romperse en la medida que las personas significativas perecieran como consecuencia de la tragedia. El tercer eje hace referencia a las *funciones del apoyo social*, las cuales pueden ser de tipo emocional (sentimiento de ser valorado), instrumental (ofrecer ayuda o servicios) o informacional (proporcionar información o consejos) (Gracia Fuster, 1997, Martín-Beristain, 1999); y, finalmente, un cuarto eje distingue el apoyo recibido en situaciones cotidianas de aquel que se espera o se recibe en situaciones de crisis.

En cuanto a la influencia del apoyo social en el estado de salud y bienestar de la persona, los dos grandes modelos explicativos sugieren que éste puede tener *efectos directos*, a través de la potenciación del bienestar y la salud con independencia del nivel de estrés sufrido por la persona, y las teorías que enfatizan el *efecto amortiguador del apoyo social*, en donde éste modera el efecto negativo que otros factores tienen sobre el bienestar, y actúa en condiciones de estrés elevado protegiendo a la persona de los efectos negativos del mismo (Cabanas y Chacón, 1999, Fernández-Ríos, 1994). No obstante, los intentos realizados por superar dicha dicotomía proponen modelos que se enmarcan dentro de un marco conceptual más amplio, en el que se analiza la influencia de factores sociales, psicológicos y fisiológicos en la relación entre estrés y bienestar, y en este contexto, el apoyo social no es sino un recurso —aunque importante— que interviene en estas complejas relaciones

entre individuo y contexto (*ibid.*, p. 193). Al margen de estas consideraciones teóricas, Gracia Fuster (1997) sostiene que el interés por el estudio del apoyo social deviene de su asociación positiva con los índices de salud y ajuste psicosocial en las personas; asociaciones que no sólo han sido repetidamente observadas, sino también reflejadas en abundantes trabajos de investigación y estudios. Por su parte, Martín-Beristain (1999) señala que el apoyo social está asociado a una menor mortalidad y mejor salud mental, sobre todo el apoyo que valida y reconoce la experiencia traumática de las personas y que ayuda a conferirle un significado, sobre todo si se trata de la asimilación de los efectos de una catástrofe o de un hecho traumático (p. 124).

No obstante, el apoyo social —sobre todo en situaciones de catástrofe— no consiste tanto en la mera existencia de una red objetiva de relaciones o personas, sino en que esa red sea *funcional y percibida como fuente de apoyo y comprensión*. De ahí que, la mera presencia y recepción de ayuda “humanitaria” no se traduzca necesariamente en una mayor o mejor percepción, por parte de las personas, de que sus necesidades son tenidas en cuenta o que pueden contar con un tejido social más amplio en el cual puedan depositar su confianza. Por otro lado, una de las vías a partir de las cuales las personas pueden experimentar apoyo social en forma directa es a través de la alianza con otros afectados, con el fin de gestionar tanto ayuda como reivindicaciones sociales de diferente tipo, sobre todo si no se cuenta con los recursos mínimos o con una sólida red de apoyo que pueda auxiliar a este fin. En este sentido, la dimensión política del desastre natural comienza a visibilizarse en tanto que luego de los terremotos —y de cara a la negligencia o inefectiva acción gubernamental e institucional como en el caso salvadoreño— comienzan a surgir movimientos tendientes a organizar vías efectivas a partir de las cuales gestionar la ayuda y canalizar las distintas demandas sociales como formas de ir reconstruyendo el tejido social; es decir, cuando la población afectada se mueve del momento inicial de las respuestas de emergencia hacia las fases de recuperación y reconstrucción (Stuart Olson, 2000).

1.2. El terremoto: un desastre con implicaciones políticas

En términos generales, los desastres naturales tienden a ser valorados como fenómenos impredecibles, cuyo control y posibilidad de predicción van

más allá de las facultades o capacidades de las personas en general o de los gobernantes en particular. Sin embargo, lo que no suele ser resaltado es el hecho de que este tipo de fenómenos, al margen de su origen natural, tienen profundas implicaciones a nivel político. Y es que el desastre no sólo deja un profundo impacto a nivel psicológico y económico en la población, sino que también tiene profundas connotaciones políticas, precisamente porque de cara a un desastre como los terremotos sufridos en el país, el gobierno se ve en la obligación no sólo de manejar la crisis, sino también de explicarla, más aun cuando han habido muchas pérdidas, sobre todo de tipo humano y económico. Como menciona Martín Beristain (1999), en las catástrofes naturales y ambientales influyen de forma decisiva factores humanos y de toma de decisiones, además de la vulnerabilidad económica y política, dado que la mayor parte de las veces están relacionadas con la imprevisión, ausencia de planificación del desarrollo y problemas de empobrecimiento de grandes núcleos de población. Es decir, no son tan "naturales" como se les pretende entender (p. 23).

Gawronski y Olson (s.f.) sostienen que los desastres naturales tienen el potencial de convertirse rápidamente en fenómenos profundamente políticos, capaces de afectar la estabilidad política del país. Uno de los mecanismos a través de los cuales se puede llegar a tener este tipo de efectos es el manejo —o mal manejo— de la ayuda de cara al desastre. Una de las situaciones más evidentes luego del primer terremoto del 13 de enero —y que después se reconfirmara luego del 13 de febrero— fue la tardía, ineficiente y desorganizada actuación del Comité de Emergencia Nacional (COEN) y de la incapacidad de respuesta articulada y planificada del gobierno para hacer frente a la tragedia. Las repercusiones de esta situación no se hicieron esperar, sobre todo cuando unos días después de los terremotos comienzan a alzarse voces de protesta desde los diferentes sectores reclamando no sólo ayuda para mitigar su situación, sino también un manejo efectivo y transparente de la misma.

El que haya terremotos en el país —precisamente por encontrarse dentro de una región de intensa y frecuente actividad sísmica— no debería resultar extraño o, al menos, debería convocar a una mayor preparación y previsión principalmente desde las instancias gubernamentales. Sin embargo, este no es el caso. Esta negligencia, aunada al

riesgo y vulnerabilidad en la que viven grandes sectores de población en el país, se constituyen en la mejor garantía de perpetuación de este tipo de tragedias, sin que las experiencias en materia de catástrofes naturales y sociales vividas en el país se hayan traducido en lecciones encaminadas a la prevención y mitigación de desastres, y mucho menos en atención dirigida a generar cambios en las condiciones de vida marginales de los más afectados, aspecto que se encuentra a la base de la intensidad y magnitud de las consecuencias del desastre.

2. Aspectos metodológicos

Esta investigación se basa en una encuesta sobre el impacto de los terremotos de inicios de año realizada a nivel nacional durante la primera quincena del mes de abril de 2001 por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA. En otras palabras, el estudio se hizo luego de casi dos meses de la ocurrencia del segundo siniestro. En realidad, la pesquisa estaba diseñada para recoger no sólo los indicadores de estado emocional de las personas, sino que además se dedicaba buena parte del esfuerzo a reunir valoraciones de los ciudadanos sobre el impacto general de los terremotos, opiniones sobre el desempeño de las instituciones que intervinieron en la asistencia y datos sobre las redes y estructuras de apoyo social comunitario.

Este artículo se concentra en el impacto psicológico de los terremotos y, desde ese punto de vista, la atención estará reunida especialmente en una batería de ítems desarrollada para medir las afectaciones emocionales en las personas relacionadas con los terremotos. Esta batería será el eje para la creación de una variable de impacto psicosocial que será relacionada con una serie de situaciones y factores asociados a las personas y a sus condiciones de vida.

2.1. La selección de los entrevistados y la muestra

Como ya se ha dicho, la investigación fue hecha sobre la base de una muestra nacional, representativa de los adultos salvadoreños residentes en los catorce departamentos del país. La cuota muestral incluyó 35 municipios de los catorce departamentos de la república y la proporción de las personas entrevistadas por departamento corresponde a la distribución de población que habita en el país (ver Cuadro 1).

Para el diseño del marco muestral en el área urbana se tomó como base la cartografía censal de la Dirección General de Estadísticas y Censos

(DIGESTYC), del Ministerio de Economía de El Salvador. Cada uno de los mapas muestra una zona urbana de 2 000 a 15 000 viviendas y está dividido en segmentos numerados correlativamente siguiendo una secuencia en espiral. Cada uno de los segmentos abarca entre 150 a 400 viviendas. El proceso de selección de los segmentos fue sistemático con un punto de arranque aleatorio. El sector rural se dejó como una categoría aparte. En el muestreo se consideraron también cuotas por sexo y edad de los encuestados, de tal manera que cada boleta estaba marcada con las características que debía cumplir el encuestado para ser tomado en cuenta en la in-

vestigación. La muestra final fue sometida a un proceso de ponderación con el objeto de que ésta se acercara lo más posible a la distribución porcentual de la población en áreas rurales y urbanas.

La aplicación del cuestionario se hizo por aproximación no sistemática a los hogares ubicados en los municipios y los segmentos definidos. Los entrevistadores explicaban a las personas abordadas los objetivos y el tema de la encuesta. En cada caso se entrevistó únicamente a personas que quisieran contestar (una persona por hogar) y que cumplieran con los requerimientos descritos en la boleta para completar la cuota muestral.

Cuadro 1
Distribución de la población encuestada, según departamento y sector social

Departamento	Sector social					Todos		
	Medio-alto	Medio-bajo	Obrero	Marginal	Rural	N	%	
<i>Todos</i>								
	%	3.9	16.7	32.4	5.4	41.6	—	100.0
	N	48	204	396	66	508	1222	—
Ahuachapán		0	4	14	1	54	72	5.9
Santa Ana		0	24	23	8	53	109	8.9
Sonsonate		0	7	38	0	43	86	7.0
La Libertad		20	34	11	3	67	136	11.1
Chalatenango		0	6	10	0	26	42	3.5
San Salvador		25	63	164	49	66	367	30.0
Cabañas		0	5	7	0	18	30	2.5
Cuscatlán		1	9	11	0	18	39	3.2
San Vicente		0	3	13	0	14	30	2.4
La Paz		0	13	19	0	26	58	4.7
Usulután		0	3	28	0	39	69	5.6
San Miguel		1	22	38	0	31	92	7.5
Morazán		2	5	3	4	22	37	3.0
La Unión		0	7	16	1	32	56	4.6

La muestra final obtenida fue de 1 222 entrevistas válidas, con un margen de error estimado del +/- 0.028 (2.8 por ciento). El 47.7 por ciento de los encuestados pertenece al sexo masculino, mientras que el 52.3 por ciento corresponde al sexo femenino. La edad promedio para todas las personas entrevistadas es de 37.8 años, con una desviación típica de 16.2 años. Los entrevistados tienen un promedio general de 7.4 años de estudio y sólo el 44.7 por ciento de ellos señalaron que tenían un trabajo formal.

2.2. El instrumento

El cuestionario utilizado para recoger la información estaba compuesto, de manera general, por cinco grandes partes. La primera recogía los datos sociodemográficos de los entrevistados, la segunda se concentraba en la información sobre los niveles de afectación social por el terremoto referidos por las personas; la tercera sección, y que constituye el eje de este trabajo, estaba constituida básicamente por una batería de 20 ítems que se referían al estado emocional de las personas luego

de los terremotos; un cuarto segmento se enfocaba en las opiniones y valoraciones de orden socio-político sobre el terremoto, en el cual muchas de las preguntas buscaban recolectar la visión de la gente sobre la actuación de las instituciones públicas y privadas frente a la emergencia. La parte final estaba dedicada a explorar las redes de apoyo social y la historia de participación comunitaria de la persona entrevistada. Los siguientes párrafos describirán la batería que recoge el estado de afectación emocional a partir de los terremotos referido por la persona.

Esta batería estaba compuesta por veinte ítems que se obtuvieron de diversos instrumentos diseñados para medir el impacto psicológico de desastres y los síntomas de estrés postraumático⁶. Cada ítem describe un tipo concreto de afección o de síntoma y la persona debía responder señalando la frecuencia con la cual ha presentado ese cuadro; en este sentido había cinco opciones de respuestas: nunca, rara vez (1 vez al mes), a veces (2-3 veces por mes), frecuentemente (2-3 veces por semana) y siempre (todos los días). Así, cada ítem medía la frecuencia con la cual la persona entrevistada dijo haber presentado un cierto tipo de sintomatología psíquica (por ejemplo: "Se siente más solo desde lo sucedido") o psicósomática (por ejemplo, "Tiene temblores en el cuerpo") después de los terremotos.

La batería en cuestión era precedida por las siguientes instrucciones para los entrevistados: "Ahora voy a preguntarle sobre algunas cosas que la gente siente y piensa después de los terremotos. Por favor, contésteme la frecuencia con la que después de los terremotos usted...". Los ítems que configuraron la batería son los siguientes:

- Padece de sudoraciones.
- Tiene miedo o se asusta más que antes.
- Desde lo sucedido, le cuesta más prestar atención a las cosas.
- Tiene alteraciones estomacales (diarrea, colitis, gastritis).

- Siente que ha perdido el apetito.
- Llora fácilmente al recordar lo que pasó.
- Tiene una sensación de ahogo y de dificultad para respirar.
- Tiene temblores en el cuerpo.
- Tiene dolores de cabeza.
- Se siente intranquilo, nervioso.
- Reacciona con enojo o ira.
- Se aísla de los demás.
- Pasa en un estado de alerta, más atento, vigilante, que antes.
- Deseos de irse a otro lugar o ganas de salir corriendo.
- Ha experimentado deseos de terminar con su vida.
- Se siente más sólo desde lo sucedido.
- Escucha voces que otras personas no escuchan.
- Desde lo sucedido, tiene problemas para dormir o le cuesta dormir.
- Sueña o tiene pesadillas acerca de lo sucedido.
- Ve cosas que otras personas no ven.

Ahora bien, esta batería de veinte ítems fue constituida pensando en crear una escala que midiera el nivel de afectación psicológica a causa de los terremotos referido por las personas y no necesariamente la presencia o ausencia de un trastorno o problemática. Es decir, la finalidad era contar con una variable general que pudiese servir como indicador —referido por las mismas personas— del nivel de perjuicio psíquico que enfrentarían como producto del terremoto y no con una batería para realizar un diagnóstico clínico. En este sentido, cobra importancia mencionar que las deducciones que se puedan hacer respecto al nivel de afección psíquica como en relación con las variables que probaron estar vinculadas al mismo se desprenden

6. Para la construcción de esta escala, se retomaron algunos ítems que medían reacciones relacionadas con el trastorno de estrés postraumático del Listado de Reacciones Postraumáticas (Posttraumatic Stress Reaction Checklist) de Frederick y Pynoos (1988), y algunos que medían el impacto a nivel psicológico de la vivencia del terremoto fueron tomados del Inventario de conductas (Behavior Inventory) de Quay y Peterson (1979) respectivamente. Ambas escalas forman parte del cuestionario de síntomas, diseñado por Henríquez (2001), para el estudio de problemas de salud mental en discapacitados y lisiados por el conflicto armado salvadoreño.

de la información proporcionada por la misma gente, y de cómo ellas consideran que se vieron impactadas por el desastre. No son, por tanto, el resultado de un diagnóstico clínico.

Al realizar el proceso de análisis del nivel de confiabilidad interna de la escala, esto es, el nivel de consistencia de los veinte ítems, el resultado fue particularmente alto con un coeficiente alfa igual a 0.8872, lo que significa que todos los ítems son muy consistentes entre sí en la medición del nivel de afectación. En cuanto a la escala de medida, mediante un procedimiento aritmético se les asignó a todas las posibilidades de respuesta un código en donde la ausencia de afectación (nunca) fue codificada como 0 y la frecuencia más alta de la misma (siempre) fue inventariada como 4. Todos los ítems fueron sumados para reunir todas las posibilidades de afectación psicológica en un solo valor, de manera tal que el valor mínimo de afectación sería cero, pero el máximo sería de 80. Para una mejor comprensión de la misma a la hora del análisis, esta escala fue transformada a un rango de 1 a 10, en donde 1 sería el menor nivel de conmoción psicológica y 10 sería el más alto. Así, una persona con un impacto psicológico nulo a causa de los terremotos puntuaría 1, mientras que una persona severamente afectada por los mismos puntuaría 10.

Esta escala fue validada con otras preguntas contenidas en el cuestionario. Aparte se le preguntaba a las personas si los terremotos les habían afectado psicológicamente; un poco más del 60 por ciento de la gente dijo que sí, mientras que el resto dijo que no. Las personas que dijeron que sí mostraron una puntuación más alta en la escala de afectación psíquica, significativamente mayor al puntaje de las personas que afirmaron que no se sentían afectadas⁷.

Por otro lado, el instrumento también contemplaba otras baterías de ítems que estaban destinadas a constituir escalas para medir otras variables. Por ejemplo, se incluyó una batería de evaluación del trabajo de las instituciones frente a la emergencia, así como también una escala que recogía la percepción de apoyo comunitario⁸.

3. Los resultados

Este apartado está dividido en tres segmentos. El primero presenta los resultados generales que tienen que ver con el impacto del terremoto, incluyendo la batería de ítems referida al impacto psicológico. La segunda parte revisa los datos de la encuesta que tienen que ver con algunas valoraciones sobre el terremoto, apreciaciones que, de alguna forma, podrían estar vinculadas con la sintomatología expresada por la gente. Finalmente, se presenta un modelo de predicción sobre la afectación psicológica del terremoto usando un modelo de regresión.

3.1. El impacto general del terremoto

La encuesta revela que el 31.8 por ciento de los ciudadanos salvadoreños se consideran a sí mismos como damnificados de los terremotos de enero y de febrero del presente año. Esta valoración es claramente mucho más alta en las zonas paracentral y central que en cualquier otra zona del país. En tales zonas, el porcentaje de la población que se considera damnificada por sobre la gente que reside en esa región es del 62.2 por ciento y del 45.5 por ciento, respectivamente. Esto significa que del total de salvadoreños que viven en los departamentos de La Paz, San Vicente, Cuscatlán y Cabañas, dos terceras partes se consideran damnificados, y de los que viven en La Libertad y el área rural de San Salvador, casi la mitad se percibe a sí misma como damnificada. Además, las personas que se sienten perjudicadas se encuentran con más frecuencia en la zona rural y entre aquellos con menores ingresos: cerca del 48 por ciento de los que habitan en áreas rurales se sienten damnificados por los terremotos. Del mismo modo, la encuesta revela que la sensación de estar damnificado tiene que ver con el nivel educativo de las personas; los datos muestran una tendencia clara en este sentido: sólo un 11.4 por ciento de las personas con estudios superiores, por ejemplo, se reportaron como damnificados; en tanto, aquellos que no tienen ningún tipo de educación o que sólo han estudiado la primaria se declararon como damnificados en un 57.1 y en un 43.9 por ciento respectivamente. Estos datos sugieren

7. De hecho, un análisis de varianza confirmó una diferencia significativa entre las medias de los grupos, con una $F= 254.7$ y una $p<0.001$.

8. Algunos de los ítems de esta escala fueron retomados del mencionado instrumento, diseñado por José Luis Henríquez (2001).

que las personas con menos posibilidades socioeconómicas son las que se sintieron más directamente afectadas por los terremotos.

En esta misma línea, la encuesta encontró que un poco más de la mitad de los ciudadanos consultados afirmaron que sus viviendas habían sufrido algún tipo de daño o que habían sido completamente destruidas por los terremotos: el 10 por ciento perdió su vivienda completamente, y el 42.8 por ciento sufrió algunos daños, pero mantiene habitable su vivienda; en cambio, el 47.2 por ciento no reporta daño alguno en su casa. De hecho, el Cuadro 2 presenta los resultados desglosados por cada uno de los departamentos del país y muestra que los departamentos más golpeados por el terremoto, en términos del porcentaje de viviendas reportadas como destruidas, son los departamentos de la zona paracentral, especialmente el departamento de San Vicente. A juzgar por los datos de la encuesta, que recoge las declaraciones de los habitantes, todos los hogares tuvieron algún nivel de afectación en

esa provincia del país. Los otros departamentos más afectados fueron La Paz y Cuscatlán, seguidos de Ahuachapán y Sonsonate. Es interesante ver, en contraposición, que en los departamentos del norte del país, Chalatenango y Morazán, no se reportaron viviendas completamente destruidas a través del sondeo.

Los datos muestran también que el mayor porcentaje de viviendas destruidas completamente se ubica en la zona rural: el 18.3 por ciento de los campesinos afirmaron haber perdido completamente su vivienda, frente a un promedio del 3.5 por ciento en las zonas urbanas. Además, los datos reiteran que las personas más afectadas por los terremotos son aquellas de más bajos ingresos: entre los consultados cuyo ingreso familiar no excede el salario mínimo, sólo la tercera parte reportó no haber tenido ningún tipo de daños en la vivienda, en cambio entre los que ganan más de cinco salarios mínimos, el porcentaje de casas no afectadas es de alrededor del 60 por ciento.

Cuadro 2
Reporte de situación de daños en la vivienda del entrevistado, según departamento

Departamento	Estado de la vivienda		
	Sin daños	Con daños, pero habitable	Destruida (inhabitable)
<i>Todos</i>	47.0	42.9	10.1
Ahuachapán	27.0	60.8	12.2
Santa Ana	57.9	35.5	6.5
Sonsonate	57.5	31.0	11.5
La Libertad	57.0	37.0	5.9
Chalatenango	66.7	33.3	0.0
San Salvador	48.8	43.9	7.4
Cabañas	40.0	56.7	3.3
Cuscatlán	17.9	56.4	25.6
San Vicente	0.0	41.4	58.6
La Paz	15.8	56.1	28.1
Usulután	33.3	53.6	13.0
San Miguel	37.4	52.7	9.9
Morazán	75.7	24.3	0.0
La Unión	80.4	19.6	0.0

Todos los datos anteriores se refieren al ámbito en donde el impacto de los terremotos fue más evidente, esto es, en la vivienda y en las posibili-

dades de tener un techo seguro. Pero obviamente los siniestros de inicios del año 2001 no sólo tuvieron impacto en la infraestructura de vivienda

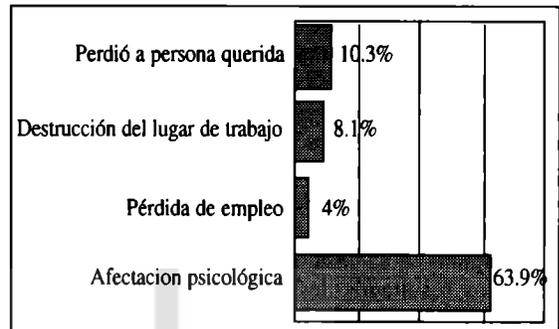
del país, sino también en otros ámbitos de la realidad, comenzando por la vida de los habitantes. El sondeo consultó a los ciudadanos salvadoreños por las otras formas en que pudieron haberles afectado los terremotos. Así, se indagó si los habían afectado en los siguientes aspectos: pérdida de familiares o amigos, destrucción de su lugar de trabajo, pérdida de empleo por efecto indirecto del terremoto o afectación psicológica.

Los resultados indican que uno de cada diez salvadoreños perdió a una persona cercana en los terremotos, un porcentaje parecido aunque inferior dijo que su lugar de trabajo había sido destruido, y sólo el 4 por ciento dijo haber perdido su trabajo como producto de la catástrofe —al menos luego de dos meses del último terremoto—; pero en el ámbito en donde la gente denunció mayor nivel de afectación fue en lo que tiene que ver con lo psicológico. En este último campo, seis de cada diez ciudadanos dijeron haberse sentido afectados psicológicamente como producto de los terremotos y, muy probablemente, no sólo por ellos sino también por la incertidumbre generada por la actividad sísmica que se mantuvo a lo largo de los meses subsiguientes.

Ahora bien, esta es el área que pretende explorar más a fondo el presente artículo. Para ello se desarrolló la batería de ítems que ha sido descrita en el apartado metodológico y que constituye el eje de análisis de este trabajo. De acuerdo con los resultados expuestos en la Figura 1, la mayoría de los salvadoreños se sintieron afectados psicológicamente a causa del desastre natural, pero no todos están afectados de la misma manera ni presentan problemas de la misma magnitud. Mientras que para unos, el impacto del terremoto lo expresaron básicamente en términos de nerviosismo y ansiedad, para otros el mismo se manifiesta de formas más agudas, como dolores de cabeza o migrañas por ejemplo.

De ahí el sentido de una batería relativamente amplia de sintomatología de origen psicológico que pudiera ser producto del estrés generado por los terremotos. Los resultados de los ítems que

Figura 1
Aspectos en que le afectaron los terremotos a los entrevistados



conforman esa batería muestran precisamente que los síntomas psicológicos más frecuentemente referidos por los ciudadanos son: pasar en un estado de alerta, la intranquilidad o el nerviosismo, los dolores de cabeza, las dificultades para dormir y el miedo o la propensión a asustarse con más facilidad que antes. Por el contrario, la sintomatología menos frecuente entre las personas consultadas es precisamente la más grave: deseos de suicidarse, alucinaciones visuales y auditivas. Sin embargo, alguna gente sí reflejó este tipo de comportamientos o estados, mostrando que el instrumento fue capaz de captar este nivel de gravedad psicológica⁹.

Aunque la mayoría de los ciudadanos se concentraron en decir que no han sufrido la sintomatología descrita en cada ítem, al construir la escala general —que es el resultado de la suma de los ítems— puede encontrarse que muchas personas dijeron presentar al menos algún nivel de conducta de afectación como producto de los terremotos. De hecho, sólo el 10 por ciento de los consultados dijo que nunca ha experimentado cualquiera de las sensaciones, conductas o síntomas que se recogen en los ítems como producto de los terremotos, el resto de ciudadanos sí presentan algún nivel de afectación.

Un análisis en conjunto de la escala revela que la mayoría de los ciudadanos (el 72.2 por ciento)

9. De hecho, un análisis factorial aplicado a toda la batería de ítems de afectación psicológica dio como resultado la identificación de tres tipos de factores que saturan la escala y que corresponderían al tipo de síntomas descritos por Gaborit (1999): ansiedad, depresión y disociación. El primer factor saturaba los ítems que tienen que ver con la ansiedad y estos eran la mayoría; el segundo factor saturaba ítems como: Se aísla de los demás, deseos de salir corriendo, se siente más solo de lo sucedido y deseos de terminar con su vida. El último factor se encontró esencialmente en los ítems que recogían alucinaciones: escucha voces que otras personas no escuchan, ve cosas que otros no ven.

presentan condiciones que permiten pensar en un nivel de afectación leve¹⁰, pero afectación a final de cuentas. En esta categoría estarían las personas que dijeron haber presentado, al menos de forma ocasional, alguno de los problemas o manifestado algunas de las conductas señaladas en la batería. Por su parte, el 17.5 por ciento de la gente consultada presentó un moderado nivel de afectación, esto es, una serie de comportamientos y síntomas presentados con relativa frecuencia desde el terremoto; el 1.2 por ciento presentó un nivel alto de afectación, traducida en la manifestación de una frecuencia

muy alta de síntomas y conductas que sugieren significativos grados de estrés a causa del terremoto.

Los datos anteriores no deben dar lugar a confusión. A pesar de que ni siquiera al dos por ciento de toda la población adulta salvadoreña llega a manifestar un nivel alto de afectación psicológica por los terremotos en base a la escala, lo cierto es que, considerando el gran nivel de varianza que puede tener este dato, el mismo significa un importante número de personas que estarían bajo severas condiciones psicológicas¹¹.

Cuadro 3
Frecuencias de respuesta para cada uno de los ítems
de la batería de afectación psicológica
(En porcentajes)

Ítem	Siempre (todos los días)	Frecuentemente (2-3 veces por semana)	A veces (2-3 veces por mes)	Raramente (1 vez al mes)	Nunca
Padece de sudoraciones	6.7	7.3	10.4	7.3	68.3
Tiene miedo o se asusta más que antes	8.5	14.3	17.7	9.5	49.9
Desde lo sucedido, le cuesta más prestar atención a las cosas	5.2	9.2	17.4	8.3	60.0
Tiene alteraciones estomacales (diarrea, colitis, gastritis)	3.8	6.7	7.8	5.1	76.6
Siente que ha perdido el apetito	4.2	6.6	8.3	5.0	75.8
Llora fácilmente al recordar lo que pasó	4.9	4.8	11.5	7.3	71.5
Tiene una sensación de ahogo o de dificultad para respirar	2.7	4.5	9.4	5.4	77.9
Tiene temblores en el cuerpo	4.4	7.1	15.4	7.2	65.9
Tiene dolores de cabeza	13.1	16.4	14.9	6.1	49.5
Se siente intranquilo, nervioso	14.9	15.4	18.5	9.3	42.0
Reacciona con enojo o ira	5.2	8.4	14.6	7.1	64.7
Se aísla de los demás	2.8	2.5	6.8	4.8	83.2
Pasa en un estado de alerta, más atento o vigilante que antes	34.3	16.3	16.3	7.3	25.7
Deseos de irse a otro lugar o de salir corriendo	5.8	5.2	9.2	4.9	75.0
Ha experimentado deseos de terminar con su vida	0.2	0.6	1.3	1.6	96.3
Se siente más solo desde lo sucedido	3.3	2.3	6.6	5.2	82.5
Escucha voces que otras personas no escuchan	0.6	1.1	2.3	2.1	94.0
Desde lo sucedido, ¿tiene problemas para dormir o le cuesta dormir?	11.5	10.6	12.3	5.6	60.0
Sueña o tiene pesadillas acerca de lo que sucedió	2.7	5.7	9.3	5.4	76.9
Ve cosas que otras personas no ven	0.4	0.6	1.1	1.0	96.9

10. Para determinar estos niveles de afectación psicológica, se partió de una escala, cuyas puntuaciones posibles oscilaban entre el 1 y el 10, en donde el 1 significaba ningún nivel de afectación y el 10 el máximo nivel de impacto posible. En este sentido, un nivel bajo de afectación vendría dado por puntajes entre el 2 y el 4, el nivel moderado por puntuaciones entre el 5 y el 7, y el nivel alto de impacto por puntuaciones que oscilarían entre el 8 y el 10.

11. Recuérdese, por ejemplo, que algunas personas admitieron sufrir de alucinaciones y de deseos de terminar con su propia vida.

Ahora bien, frente a esos niveles de afectación, ¿cuánta gente ha recibido ayuda? Los resultados generales indican que el 15 por ciento de la población total del país ha recibido algún tipo de ayuda. Pero obviamente no toda la gente necesitaba ayuda, de tal manera que entre las personas que se declararon damnificadas a causa del terremoto, sólo el 34.5 por ciento, esto es, sólo la tercera parte de la gente que se consideraba damnificada había recibido ayuda para enfrentar el terremoto, las restantes dos terceras partes no recibieron asistencia. De las personas que se consideraron damnificadas por el terremoto y que recibieron alguna asistencia, esta se distribuyó de la siguiente forma: el 74 por ciento recibió víveres, el 43.6 por ciento obtuvo materiales para la vivienda, el 24 por ciento aceptó ropa como colaboración, el 20 por ciento recibió ayuda médica, al 18.3 por ciento le fue suministrado dinero en efectivo y sólo el 8 por ciento recibió asistencia psicológica.

Lo anterior significa que la asistencia más escasa de los programas de ayuda fue la psicológica. Para tener una dimensión más clara del poco nivel de ayuda en este sentido, se cruzaron las respuestas que informaban de asistencia psicológica con las personas que dijeron sentirse afectadas psicológicamente y con las personas que en la escala de afectación psicológica se ubicaron entre los niveles moderado y severo. En el primer caso, de la gente que dijo sentirse afectada psicológicamente, sólo el 1.8 por ciento reportó haber recibido ayuda psicológica, al menos hasta abril del 2001; en el segundo caso, es decir, en el caso de la gente que mostró niveles de afectación moderados o graves, solamente el 6 por ciento de ellos habían recibido asistencia psicológica luego de dos meses del último terremoto. En otras palabras, la mayoría de la gente que necesitaba asistencia psicológica aun no la había recibido. Esto dice mucho de la capacidad del sistema de salud mental —si existe— para hacer frente a emergencias como estas, que invariablemente ocurren cada una o dos décadas en el país. Si cerca del 20 por ciento de la población necesita de algún tipo de ayuda psicológica y los sistemas, sean oficiales o no, sólo están preparados para atender a no más de una décima parte de los afectados, el nivel de impacto del desastre se magnifica y prolonga.

En estas circunstancias de precariedad asistencial es cuando la capacidad que tiene la comunidad para enfrentar el desastre de forma organiza-

da y para apoyar a sus propios miembros se vuelve importante. El sondeo reveló que de toda la población consultada, sólo la tercera parte dijo que su comunidad había respondido organizándose para hacer frente a la tragedia, el resto de personas dijo que en su propia comunidad no hubo un esfuerzo de organización. Más aún, la comparación entre las personas que se sienten damnificadas y las que no se consideran así muestra que las primeras no lograron organizarse más que las personas que no se sienten damnificadas. Esto significa que el desastre, en principio, no parece haber promovido más organización comunitaria entre las personas afectadas en comparación con el resto: sólo el 31.5 por ciento de los que se consideran damnificados dijeron haberse organizado frente a un 38 por ciento de gente que dijo haberse organizado luego del siniestro sin considerarse a sí mismos como damnificados.

Los niveles de afectación se encuentran relacionados también con la posibilidad que tiene una persona de recibir apoyo de parte de los miembros de su comunidad. El 20.2 por ciento de las personas entrevistadas dijeron haber recibido apoyo por parte de su comunidad o de parte de algún miembro de ella. Pero, en este caso, el porcentaje de personas afectadas por el terremoto que sí recibieron apoyo por parte de otros fue significativamente mayor que las personas que no sufrieron por el terremoto. Algo parecido muestran los datos con respecto a las personas que se sienten afectadas psicológicamente: aunque la diferencia, en este caso, es un poco menor, las personas que se sintieron afectadas consiguen haber recibido ayuda solidaria de parte de su comunidad en proporción mayor respecto a aquellos que no se percibieron afectados psicológicamente por los siniestros.

3.2. Opiniones sobre el terremoto

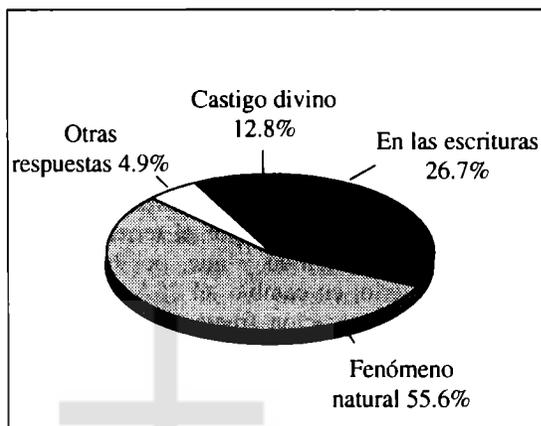
En otro orden, el sondeo también recogió las opiniones de la gente sobre lo que consideran las causas del terremoto. Aunque este tipo de opinión puede parecer con poco valor considerando el origen natural del fenómeno, la misma ofrece, por el contrario, una perspectiva diferente al revelar la manera en que la gente concibe un fenómeno natural como éste. De hecho, los resultados indican que un poco más de la mitad de los consultados consideraron que el terremoto tenía causas naturales, es decir, que el mismo se dio como producto de un proceso geológico de acomodación de pla-

cas o como respuesta de un falla subterránea. Sin embargo, ese tipo de visión no es compartida por casi la otra mitad de la población: el 26.7 por ciento dijo que el terremoto ya estaba escrito en el *Biblia* y que, por tanto, el mismo era producto de una especie de prescripción divina. Casi en la misma línea, el 12.8 por ciento apuntó a que los terremotos eran producto de un castigo divino, esto es, la voluntad de Dios de castigar a los salvadoreños por su comportamiento; no obstante, el 5 por ciento ofreció otro tipo de respuestas, tales como que el terremoto fue producto de la mano del hombre por lo que ha hecho con el medio ambiente, o que el mismo fue provocado por la explosión de un basurero militar ubicado al frente de las costas salvadoreñas.

En todo caso, el hecho de que alrededor del 40 por ciento de los ciudadanos señale causas de orden divino en la explicación del terremoto dice mucho acerca de la forma en que la gente ha enfrentado este fenómeno. Este tipo de opiniones está claramente vinculada con la posición socioeconómica que ocupa la gente dentro de la sociedad y con su adscripción religiosa. Los datos muestran que las personas que se encuentran en un estrato socioeconómico más bajo y que poseen menor nivel educativo son los que más acuerpan este tipo de concepciones. Por ejemplo, el porcentaje de personas de estrato medio alto que piensan que el terremoto tiene una explicación en la voluntad divina no supera el 9 por ciento, mientras que entre los campesinos alcanza un poco más del 52 por ciento; en el caso del nivel de formación educativa, la tendencia es aun más clara: sólo el 9.9 por ciento de quienes poseen estudios universitarios o superiores "acusan" a Dios como el origen último de los siniestros, en cambio entre las personas sin educación o analfabetas el porcentaje aumenta al 63 por ciento. En el caso de las religiones, los datos revelan unas diferencias marcadas. Los católicos, por ejemplo, atribuyen las causas de los sismos en un 26 por ciento a la voluntad divina; en cambio entre los evangélicos o cristianos pentecostales ese porcentaje es del 65.6 por ciento. En otras palabras, dos de cada tres evangélicos creen que los terremotos eran parte de una especie de prescripción celestial.

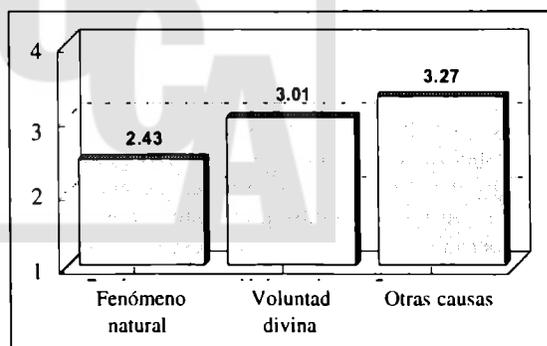
Pero, ¿cómo se relaciona esto con el impacto psicológico sufrido por los terremotos? Los resultados del estudio muestran que las personas que señalan la causa natural del fenómeno suelen presentar un menor nivel de afectación psíquica en comparación con aquéllos que creen que Dios ha sido el origen del terremoto o de aquéllos que pien-

Figura 2
Opinión sobre las causas de los terremotos



san en otros tipos de causas (ver Figura 3). Esto significa que el concebir otras causas del terremoto que no sean de orden natural está significativamente y estadísticamente vinculada a cierto nivel de afectación psicológica. Es difícil establecer acá qué condición es causa de la otra, pero lo que sugieren los datos es que las personas que piensan que los sismos son producto de la voluntad divina se presentan con mayor afectación psicológica que quienes no ven al terremoto de esa forma, lo cual sugiere la importancia de las cosmovisiones, de los marcos ideológicos en la comprensión del fenómeno y de las formas de enfrentamiento que se hace del mismo.

Figura 3
Nivel de afectación psicológica por terremoto, según opinión sobre su causa



* En la voluntad divina se incluyen los que dijeron que el terremoto estaba ya escrito en la *Biblia* y quienes dijeron que era un castigo divino.

Por otro lado, la encuesta también pidió opiniones sobre la magnitud del impacto del fenómeno. Es decir, a qué le atribuyen las personas la magnitud del daño causado por los terremotos, si por la dimensión en sí del fenómeno o por la falta de preparación ante ese tipo de desastres. Este tipo de opiniones son parte también del esfuerzo por entender la manera en que los ciudadanos entendieron y enfrentaron el fenómeno a un nivel más cognitivo. Casi la mitad de los entrevistados piensan que los daños causados por el terremoto se deben a su gran magnitud y que, por tanto, era imposible preverlo; en cambio, el 25.5 por ciento acusó falta de preparación frente a las tragedias, independientemente de la dimensión del siniestro; finalmente, un 23.5 por ciento de los salvadoreños se decantó por ambas, estos es, por admitir que el daño causado por los terremotos se debía a su magnitud, pero también a la falta de previsión para este tipo de catástrofes. La relación entre estas respuestas y las opiniones sobre las causas del terremoto muestran que las personas que piensan que los siniestros fueron producto de la disposición divina suelen opinar con mayor frecuencia que los daños provocados por el mismo eran completamente imprevisibles y producto de la fatalidad; en cambio, los entrevistados que entendían a los seísmos como un hecho natural solían acusar más la falta de preparación frente a la tragedia. Al final, esto ayuda a entender el hecho de que la gente que ve al fenómeno como algo natural ha enfrentado psicológicamente mejor la tragedia que aquellos que no, esto porque muchos de los que lo ven como un fenómeno natural también piensan que era posible prepararse para el mismo. Esto no sucede para quienes el fenómeno está sujeto a ocurrencias divinas, sobre todo si los mismos son concebidos como un castigo; en estos casos, no cabe pensar en la prevención o en la anticipación porque ello significaría anticipar la voluntad divina.

Por otro lado, el estudio también exploró las valoraciones que hicieron los ciudadanos sobre las respuestas institucionales, esto se hizo pidiendo a los entrevistados que calificaran el trabajo de distintas instituciones tanto gubernamentales como no gubernamentales usando una escala de 0 a 10; a mejor actuación la nota debía acercarse a diez, a menor actuación la nota debía ser cero. En términos generales, las calificaciones fueron más positivas que negativas, especialmente cuando se referían a las instituciones no públicas. De acuerdo al Cuadro 4, las instituciones con mejor promedio de evaluación fueron los medios de comunicación, las

agencias internacionales de cooperación y los cuerpos de socorro; todas instituciones no vinculadas al gobierno y que tuvieron una labor destacada en los primeros momentos de la tragedia. Por el contrario, las instituciones peor evaluadas fueron el CONASOL, las alcaldías locales y los partidos políticos, instituciones de carácter más político. La institución oficial mejor evaluada fue, en este caso, el ejército, por encima del gobierno en su conjunto y del COEN. El promedio general de evaluación para todas las instituciones y organizaciones incluidas en la consulta fue de 6.78, pero en lo que se refiere solamente a las instituciones públicas, el promedio fue un poco más bajo: 6.49. Estos resultados confirman las tendencias de opinión obtenidas en otras investigaciones de corte político, y es que las instituciones pública gozan de menos credibilidad que las instituciones privadas o las organizaciones civiles.

Cuadro 4
Calificación de las instituciones y organizaciones por su desempeño frente al desastre de los terremotos

Institución/organización	Promedio de evaluación
Medios de comunicación	8.56
Agencias internacionales de cooperación	8.54
Cuerpos de socorro	8.49
Fuerza Armada	8.26
La iglesia católica	7.78
Empresa privada	7.34
Organizaciones no gubernamentales	7.33
El gobierno en su conjunto	7.28
El presidente Flores	7.09
COEN	6.74
CONASOL	6.43
La alcaldía local	5.91
Los partidos políticos	5.56

Un análisis de estas cifras con la escala de afectación psicológica no reveló ninguna vinculación entre las valoraciones de orden político-institucional y el nivel de afectación psicológica o con el hecho de sentirse damnificado por el terremoto. Es decir, el hecho de que las personas valoran bien o mal el desempeño institucional del país de cara al terremoto no tiene nada que ver con los niveles de afectación psicológica expresados por

las personas a través de la escala, esto es así no sólo para todas las instituciones en su conjunto, sino también para las instituciones que forman el grupo del sector público o las organizaciones tomadas de forma individual; tampoco tiene que ver con la autopercepción de daño a causa del terremoto. La percepción sobre el desempeño institucional no se relaciona, según esto, con el estrés producido por el terremoto.

Finalmente en este apartado y vinculado con lo institucional, el estudio reveló que la mayor parte de los salvadoreños no ha recibido ningún tipo de preparación para los desastres. Según los datos generales, sólo el 9 por ciento de todas las personas consultadas había recibido una charla o un esquema de indicaciones sobre las cosas que se deben hacer en caso de desastres; el resto de ciudadanos, nueve de cada diez jamás han recibido preparación de tipo alguno. Los datos indican que en los grupos en donde se ha recibido un poco más de preparación es en los sectores medios, entre las personas con mayor nivel de educación y entre los que habitan en el área metropolitana de San Salvador. Ahora bien, las personas que recibieron algún tipo de prevención en casos de desastres no mostraron diferenciarse significativamente de las personas que no lo recibieron a la hora de considerar los niveles de afectación psicológica o su autopercepción de ser damnificado o no. En otras palabras, el estudio no encontró que la preparación ante las tragedias —de suyo escasa— tenga algo que ver con la afectación psicológica.

3.3. Los factores asociados a la afectación psicológica

Luego de haber dado un vistazo a algunos de los resultados del sondeo que pueden estar vinculados con los niveles de afectación psicológica, en este apartado se propone un modelo que reúne los factores que están significativamente asociados a la afectación psicológica manifestada por la persona. El modelo se construyó tomando como variable dependiente la escala lineal que mide la afectación psicológica y tomando como “variables independientes” todas aquellas que, según la teoría, se encuentran asociadas a los niveles de estrés después de una catástrofe.

Por razones de espacio se ha omitido todo el procedimiento de introducción y eliminación de las variables no significativas y el modelo final se muestra en el Cuadro 4. A continuación, se describirá el modelo y luego se hará referencia a las variables que no arrojaron ningún nivel de significancia con la escala de afectación psicológica.

Según el modelo, el nivel de afectación psicológica por el terremoto referida por la persona, esto es, la probabilidad de mostrarse más o menos afectado depende de varias condiciones. En primer lugar, del sexo de la persona entrevistada: de acuerdo con los resultados, las mujeres manifestaron padecer de cuadros un poco más severos de afectación que los hombres; la edad: las personas con más años de edad dieron cuenta de un mayor nivel de afectación a causa del terremoto que aquellos adultos con menos años de edad. Por otra parte, el nivel educativo exhibe una relación negativa, esto significa que entre más años de estudio se tengan, la probabilidad de estar conmocionado psicológicamente por los sismos es menor. El modelo incluyó una variable que es interesante y que muestra la necesidad de profundizar una línea de investigación en el área psicosocial, a saber: los medios de comunicación; dentro de la encuesta se contó con una pregunta que recogía la frecuencia de exposición a los medios informativos¹². Los resultados indican que a mayor exposición a los medios existe más probabilidad de estar afectado psicológicamente por los terremotos; esto sugiere una asociación entre recibir noticias y verse afectado por los desastres. El modelo también incluyó el promedio de ingresos familiares; según los resultados, las personas con menos ingresos, esto es, las más pobres, son las que presentan los puntajes más altos en la escala de afectación.

Un grupo de variables que miden afectación del terremoto por otras causas no psicológicas también fue introducido al modelo de regresión lineal. Estas variables son: pérdida de un ser querido, destrucción del lugar de trabajo y la condición en que quedó la vivienda luego de los terremotos. Los resultados indican que todas esas variables tuvieron también un impacto importante a nivel psicológico. Esto significa que las personas que per-

12. La pregunta rezaba de la siguiente forma concretamente: “¿Con qué frecuencia mira, lee o escucha noticias en los medios de comunicación?”.

dieron a un ser querido, que enfrentaron la destrucción de su lugar de trabajo y que su casa quedó inhabitable, son las que expresan una frecuencia e intensidad mayor en las conductas y alteraciones psicológicas asociadas al terremoto, especialmente aquellos que por el desastre han perdido su hogar. Efectivamente, los análisis estadísticos —tanto individuales como en el modelo general— muestran que el hecho de haber perdido la vivienda constituye uno de los estresores más fuertes, incluso en comparación con la pérdida de un ser querido o la destrucción del lugar de trabajo. Esto sugiere la

importancia que supone la sensación de desarraigo en la elaboración psicológica.

En el análisis de regresión también se incluyó la variable que recoge las opiniones sobre las causas del terremoto. La misma fue codificada con dos opciones de respuesta en este caso, dividiendo a las personas que piensan que el fenómeno tiene causas naturales de las que creen que el mismo tiene un origen divino. Los resultados indican que este último grupo de personas tienen mayores probabilidades de estar afectadas a nivel psicológico que aquéllos que ven al fenómeno como algo natural.

Cuadro 5
Regresión lineal: predictores del nivel de afectación psicológica a causa de los terremotos

Variables	Coeficientes no estandarizados		t	Sig.
	B	Error típico		
Constante	1.203	0.314	3.831	0.001
Sexo	0.591	0.081	7.329	0.001
Edad	0.006	0.003	2.334	0.020
Nivel educativo	-0.040	0.011	-3.572	0.001
Frecuencia con que recibe noticias	0.145	0.049	2.930	0.003
Ingreso mensual familiar	-0.00003	0.000	-2.397	0.017
Pérdida de un ser querido	0.348	0.134	2.603	0.009
Destrucción del lugar de trabajo	0.452	0.149	3.024	0.003
Condición de la vivienda	0.426	0.069	6.185	0.001
Opinión sobre las causas del terremoto	0.213	0.089	2.402	0.016
Ha tenido que trasladarse de su vivienda	0.354	0.134	2.636	0.009
Ha tenido que separarse de los miembros de su familia	0.399	0.171	2.330	0.020
Ha recibido apoyo de la comunidad	0.352	0.102	3.444	0.001
Confianza en sus vecinos	-0.135	0.044	-3.079	0.002

$R^2 = 0.256$

El análisis también incluyó un par de variables que miden qué tanto las personas han debido modificar sus espacios vitales a causa de los terremotos. Una variable se refería a la necesidad de trasladarse de su vivienda, mientras que la otra se refería a la separación con respecto a los miembros de su familia. En ambos casos, el análisis mostró una vinculación significativa, es decir, que las personas que han sufrido esas separaciones de su espacio vital y de sus redes sociales más cercanas tienden a mostrar más afectación psicológica.

Finalmente, en el modelo se insertaron otras variables que miden aspectos que tienen que ver con el entramado social inmediato de las personas: la posibilidad de recibir apoyo de la comunidad y la confianza en sus vecinos. Los datos revelan que en la medida en que una persona haya recibido apoyo de los miembros de su comunidad, y sienta confianza en sus vecinos y amigos de la comunidad, en esa medida mostrará un nivel de afectación menor que quienes no cuentan con estos recursos.

En resumen, el modelo de regresión sugiere que las personas que tienen más probabilidades de presentar alteraciones de conducta y estado emocional¹³ como producto de los terremotos son las mujeres, las personas de mayor edad, los ciudadanos con menos años de formación educativa, los que tienen menos ingresos, quienes están más expuestos a los medios de comunicación, quienes han perdido a un ser querido, a su hogar y su lugar de trabajo, los que piensan que el terremoto es castigo de Dios, los que han perdido sus espacios vitales de convivencia cotidiana y quienes no han contado con apoyo y no confían en los miembros de su comunidad.

Las variables o condiciones que no mostraron una relación significativa dentro del modelo son la valoración sobre el desempeño de las instituciones y organizaciones frente a la emergencia, esto es, la calificación sobre el trabajo de las instituciones, sean éstas públicas o privadas, nacionales o extranjeras, individuales o en grupo¹⁴. Otra variable que no mostró ninguna vinculación significativa con los niveles de afección psicológica expresados por los ciudadanos fue la escala de relación comunitaria; esta escala pretendía medir qué tanto la persona se relaciona con los miembros de su comunidad. Tampoco fueron significativas las variables que recogían las opiniones sobre si el daño del terremoto era prevenible o no, ni el ítem que recogía si la persona había recibido preparación de cara a las tragedias.

4. Conclusiones

A nivel general, los datos revelan que al menos la tercera parte de la población entrevistada se considera a sí misma damnificada y víctima de los embates de los terremotos de principios de año. Esto tiene importantes implicaciones por la forma en que muchos salvadoreños se perciben a sí mismos y cómo ellos se conducen de cara a las nuevas condiciones creadas por el desastre. Pero más

allá de eso, los datos muestran que las personas que, de una manera u otra, se sienten más afectadas por los seísmos son aquellas que se encuentran en condiciones más difíciles de subsistencia. En otras palabras, esta es la población que históricamente ha sufrido no sólo las embestidas de la naturaleza, sino aquellas de orden social que han tenido un impacto igual o peor: los pobres.

Y es que este tipo de desastre natural siempre deja daños de diferente tipo. Pero como se ha venido manejando desde el inicio, este impacto tiene el potencial de ser exacerbado o minimizado a partir de ciertas variables mediadoras, tanto de tipo personal como del contexto que rodea a la persona. En este sentido, las variables del modelo predictor de afección psicológica señalan aquellas características que probaron tener una relación robusta con niveles significativos de alteración, lo cual confirma la importancia que en la amortiguación y/o agudización del impacto tiene no sólo la magnitud del evento, sino fundamentalmente la vivencia de la persona frente al mismo. En primer

En el fondo, la lección es que
el desastre, aunque de factura natural,
es fundamentalmente social.

lugar, vale la pena resaltar que entre las variables predictoras de conmoción psicológica, las pérdidas materiales y humanas que las personas pudieran haber experimentado son fundamentales. Y frente a este tipo de situación valen la pena un par de reflexiones: en primer lugar, la destrucción masiva de casas —al margen de aquellas residenciales en las que por efecto del deslave la cantidad de personas fallecidas aumentó— se da sobre todo en los sectores más desposeídos del país, usualmente localizados en las zonas rurales. En este sentido, se comienza a perfilar que si bien este tipo de fenómenos naturales son de difícil predicción, las condiciones de pobreza, marginación y desventaja social en las que viven muchos salvadoreños se constituyen no sólo en el eslabón más frágil de una cadena de sucesos que culmina con grandes estragos a nivel material y humano en la vida de personas —quienes antes del siniestro probablemente tenían muy poco—, sino también en el

13. Nuevamente, esto no en base a una escala diagnóstica, sino en función de la información que la misma gente proporcionara respecto a su estado afectivo y a la sintomatología experimentada luego de los terremotos.

14. El análisis también incluyó cada una de las instituciones por separado, por ejemplo, gobierno, COEN, CONASOL, etc.; sin embargo, en este caso tampoco aportaron significancia al modelo.

mejor predictor de impacto y de que este tipo de situación se vuelva a repetir. En el fondo, la lección es que el desastre, aunque de factura natural, es fundamentalmente social.

Aunado a estas dificultades se encuentra el tema del desarraigo, lo que supone separarse de la familia o del lugar de origen, con la concomitante pérdida no sólo de un importante sentido psicológico de pertenencia, sino muy probablemente de redes de apoyo cercanas y efectivas. Si se toma en cuenta que para muchas personas —sobre todo aquellas con escasos recursos materiales— este fue el panorama, el nivel de conmoción obviamente se incrementa y sobrepasa sus capacidades de enfrentar la situación. Muchas veces se ha pasado por alto que la tragedia no sólo tiene que ver con el hecho de la destrucción de los hogares, con la pérdida de vida, sino fundamentalmente con el sentido que ello tiene, esto es, con la pérdida del espacio vital. Los ciudadanos más afectados psicosocialmente por los terremotos son quienes han tenido que abandonar su antiguo sistema de vida— muchas veces de suyo precario —para enfrentarse a otro aun más frágil. Por ello es que, a pesar del riesgo, muchas veces las personas se resisten a abandonar esos espacios que les quedan y que constituyen su única garantía de cotidianidad. En este sentido, las instituciones fallan al no considerar esta dimensión del desastre y al obligar a los ciudadanos al traslado sin considerar este aspecto de orden psicosocial. No se quiere decir acá que las instituciones encargadas de asistir a la población deban dejar que los ciudadanos se queden en lugares de alto riesgo, pero sin duda en los casos en los cuales la evacuación y el traslado a otros entornos se plantea como necesarios para prevenir un daño mayor, se vuelve fundamental la consideración institucional de los factores psicosociales que haga esa mudanza menos traumática. Si una cosa han mostrado y reiterado los datos recabados en este estudio sobre el desastre, es que el ámbito psicosocial ha sido muy poco considerado entre las estrategias de atención de cara a la tragedia.

Por otro lado, uno de los predictores de impacto más interesantes es la atribución que la persona hace de este tipo de situación; es decir, si considera que los terremotos vividos son producto de la voluntad divina o fenómenos naturales. Esto tiene importantes implicaciones, tanto a nivel psicosocial como político. A nivel psicosocial porque dice mucho de la forma en que muchos salvadoreños entienden su realidad: desde una postura profunda-

mente fatalista, con formas de afrontamiento hasta cierto punto conformistas y con una visión que deja muy poco espacio para la previsión y prevención de situaciones de este tipo en una región de por sí en constante riesgo. Esto se encontró sobre todo entre aquellos con poca o nula educación formal, campesinos y personas aferradas a un tipo determinado de confesión religiosa (evangélico-pentecostal). No se pretende decir que aquél o aquélla que reúna estas condiciones necesariamente tiene que tener esta visión, sin embargo, quienes la tienen usualmente se caracterizan no sólo por las características anteriores, sino por haber referido con mayor frecuencia e intensidad el padecimiento de diferentes sintomatologías presentadas en la escala de impacto psicológico. En otras palabras, este tipo de atribuciones fatalistas, derivadas de una visión determinista y poco dinámica/predecible de la realidad, devienen en formas de afrontamiento poco efectivas y, de hecho, muy perjudiciales en términos de salud mental. A nivel político, el atribuir este tipo de situaciones a una voluntad divina supone, necesariamente, eximir de responsabilidad a las autoridades e instituciones —oficiales y civiles— llamadas a garantizar niveles mínimos de bienestar y seguridad a la ciudadanía. Es decir, frente a una atribución de tipo divino, todas las consideraciones de tipo político —manejo de la ayuda durante la fase de emergencia y reconstrucción, el tema de la corrupción, etc.— quedan inquestionadas, lo que no deja de ser bastante conveniente para el mantenimiento del orden de las cosas. Por otro lado, si se toma en cuenta que este tipo de atribuciones las hacen sobre todo aquellos con escasos recursos económicos, poca educación formal, residentes en las zonas rurales del país y con alta participación en organizaciones religiosas con escasa o nula visión política, se tiene el cuadro perfecto para la poca vinculación política de este sector con las elites que los representan y, en este sentido, el cuestionamiento y la posibilidad de organización para la reivindicación de derechos se vuelve muy poco probable.

Finalmente, un dato que llamó la atención fue el tipo de asistencia recibida posterremoto. Se pudo constatar que casi toda la ayuda a la que la gente hacía alusión estaba referida, sobre todo, a aquella de tipo material, muy por encima de la de tipo psicológico. Y con relación a esto hay que hacer hacer dos tipos de llamados de atención: el primero en cuanto al enfoque o la forma de aproximación del psicólogo frente a estas situaciones, pues más que aludir al hecho de la poca efica-

cia de una intervención, lo que sobresale es la falta de protagonismo o incluso presencia de la asistencia que desde la psicología se está llamada a ofrecer. Y no únicamente desde el rol de experto, sino como un facilitador de procesos y acompañante en la toma de decisiones que desde las personas puedan sugerir las vías que ellos ven como las más eficaces para hacerle frente a estas situaciones, ya sea a través de la puesta en marcha de programas de reconstrucción, de organización comunitaria o simplemente de planificación de espacios de reflexión en los cuales haya la posibilidad de ventilar lo que este tipo de catástrofe y su prolongación en el tiempo pudieran haberle ocasionado. El segundo llamado de atención está referido al hecho de que muchas de las personas que reportaron haber sufrido de alguna manera el impacto de los terremotos tienen historias previas de victimización por catástrofes naturales, o incluso por fenómenos más de orden social como la guerra o la violencia que se vive en la actualidad. En ese sentido, conviene no olvidar que en la medida en que este tipo de vivencias —que suponen pérdidas, dolor y sensación de impotencia— no sean adecuadamente integradas o manejadas a través del trabajo con las personas —en donde la psicología está llamada a jugar un papel protagónico—, en esa medida se puede esperar no sólo que la condición en la que se encuentra la salud mental de mucha de esta gente no sólo empeore, sino que las formas en las que han de enfrentar las futuras adversidades vuelva a ser la misma. En este sentido, se vuelve importante no convertirse en facilitador de historias de revictimización, sino más bien tomar la parte que corresponde asumir y llevarla a cabo con responsabilidad y eficacia.

Los terremotos de inicio de año fueron, sin duda alguna, un fenómeno de origen natural, pero el impacto que los mismos tienen sobre la población sobreviviente depende de lo que se hace antes de la tragedia, durante la crisis y después de la crisis. La salud psicosocial de los ciudadanos de-

pende, por tanto, de lo que hagamos o de lo que dejemos de hacer para enfrentar la tragedia. Y eso, no es cuestión de azar.

Bibliografía

- American Psychiatric Association (APA). (1994). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders (DSM-IV)*. Washington D. C.: APA.
- Cruz, J. M. (2001). Terremotos y salud psicosocial. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 629, pp. 279-282.
- Belloch, A., Sandín, B. y Ramos, F. (1995). *Manual de psicopatología*. México, D. F.: Mc Graw-Hill.
- Fernández-Ríos, L. (1994). *Manual de psicología preventiva*. Madrid: Siglo XXI.
- Gaborit, M. (1999). Aspectos psicosociales en un desastre natural: el huracán Mitch y El Salvador. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 606, pp. 351-366.
- García Izquierdo, B. (1999). Las perspectivas del desarrollo económico en Centroamérica después del Mitch. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 606, pp. 337-349.
- Gawronski, V. y Olson, R. (s.f.). "Normal" versus "Special" Time Corruption: An Exploration of Mexican Attitudes. *Cambridge Review of International Affairs*, Vol. XIV, No. 1, 344-361.
- García Fuster, E. (1997). *El apoyo social en la intervención comunitaria*. Barcelona: Paidós.
- Henríquez, J. L. (2001). Estudio epidemiológico de problemas de salud mental en beneficiarios del Fondo de Protección de Lisiados y Discapacitados a Consecuencia del Conflicto Armado. San Salvador (En prensa).
- López Cabanas, M. y Chacón, F. (1999). *Intervención psicosocial y servicios sociales*. Madrid: Síntesis.
- Martín-Beristain, C. (1999). *Reconstruir el tejido social. Un enfoque crítico de la ayuda humanitaria*. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- Selva Sutter, E. (1999). Causalidad según algunos paradigmas de salud. Documento mimeografiado.
- Stuart Olson, R. (2000). Toward a politics of disaster: losses, values, agendas and blame. *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 18, pp. 265-287.